

Título: "Desde la Selva Negra"

Amor mío:

La verdad por delante: sé que no eres mía. Ni de nadie. Acaso tuya..., si es que pertenecerse a uno mismo tiene algún sentido. Por mi parte, ignoro si soy mío, y me gusta pensar que soy tuyo aunque no me hayas comprado, ni heredado, ni registrado a tu nombre; únicamente me has conquistado, hace ya una larga y ancha década.

Con todo, permíteme la clásica expresión, la poco original fórmula con la que me dirijo a ti en esta carta. El descarado adjetivo posesivo, el jugar a que poseo algo más que estos duros huesos que se acomodan como pueden en una furgoneta; la de nueve plazas que ahora mismo atraviesa la Selva Negra, de camino a Basilea, bajo la luna llena.

¿Hace falta que te diga lo que daría por estar a tu lado en lugar de aquí, rodeado de músicos medio dormidos y mal duchados? En mi imaginación me respondes que no con perspicacia y humor, es decir, ciñéndote a tu estilo. Y entonces reímos, y luego nos abrazamos. Y mejor no fantaseo con lo que podría suceder después, que no es éste lugar ni momento para visualizaciones tan apasionadas... a pesar de cuánto se agradecerían aquí unos grados centígrados más. Centígrados o atigrados. Incluso atribulados. Sin duda trasnochados. ¿Que a dónde quiero ir a parar con semejantes trabalenguas sin sentido? A tus brazos, amor mío, amor tuyo o, mejor, amor a secas; que el amor es un animal salvaje que se basta por sí solo para brillar y encandilar a quien quiera.

Seis conciertos le quedan a esta gira, seis noches de cantar frente a desconocidos mientras pienso en lo que nos espera, en lo que esperamos: en lo que crece dentro de ti. Todavía no me creo del todo que vayamos a tener una hija. Cada vez que lo pienso, lucho contra el miedo, me esfuerzo por disfrutar la dulce espera... que no siempre es tan dulce como uno desearía.

Sé que a ti te pasa lo mismo, que el retoño que el año pasado no pudo ser nos dejó una herida y, peor aún, una sombra, una especie de amenaza inocente. Pero, en fin, nada está escrito en ningún lado —y lo afirmo por escrito en una carta, para que paladees la paradoja—; queda en nosotros escorar hacia el miedo (destino fácil) o hacia la esperanza (otro animal salvaje, muy dado éste a despejar a puro bramido horizontes enrevesados).

Mañana a primera hora, después de desayunar, me acercaré a una oficina de correos y te enviaré estas líneas. Con carácter urgente, o como se diga; no vaya a ser que transcurra la semana que nos separa y llegue yo a España antes que este río de palabras que tanto me sirve para sentirte menos lejos. Y eso que hemos conversado por Whatsapp hace poco menos de una hora. Pero es que garabatear lo que siento en una hoja de papel, es otro cantar. Es otro color, otro espíritu; la tinta y los movimientos de la mano propician un ritmo distinto, una libertad más honda.

El trombonista acaba de conminarme a que apague la luz de una maldita vez. La convivencia ha de ser preservada, por tanto, recapitulemos:

Eres tuya.

Yo también.

No temas. (Este punto tal vez vaya dirigido más a mí que a ti, sin embargo, aquí lo dejo, por lo que sea.)

Vamos a tener una hija. (“No me lo creo” vs. “Lo festejo hasta en sueños”.)

En el cielo de la Selva Negra brilla la luna llena. (Aunque, ahora que la miro mejor, veo que no está del todo llena: el lleno soy yo).

Y con un saludo selvático —garabateado, atigrado y *furgonetero*— se despide este músico ambulante, necesitado de tus brazos y enamorado hasta las pestañas de ti y de la pequeña revolución que alojas.

Homínido Alazár (*seudónimo*)